

## DESNUDANDO ABRILES

Hola, mi nombre es Dorothea y me apellido Abriles, nací una mañana de abril por allá en el año de no se sabe cuándo; presentarme quiero, para así contarles una pequeña coincidencia, que en abril me fue sucediendo...

Soñando acantilados, al borde de todo aquello anegado de incomprensión, que cortar pretende primaveras. A nacer vinimos para fenecer un día, si ocultamos la estación de pétalos multicolores y de hojas incipientes que conociendo su despertar van, a dónde irán las primaveras a estallar de vida, en un ciclo que parar no puede jamás.

Al borde de una montaña, mi hogar resguarda sueños ocultos, que a veces cuelgo al viento, para que vuelen muy lejos; tal vez encuentren puertos posibles, donde al sol de los atardeceres, dorarse puedan la piel sin complejos.

Desde pequeña se me ha dado lucir un buen traje; a todos les toca uno, adaptarse a los años puede y siempre a la moda le encontraremos; algunos privarle quieren, de su naturalidad tan presente, por eso cubriéndole han ido, de escandalosas protestas.

El Rancho de Dorothea, así he dado por llamar a mi pequeña cabaña, donde cada piedra de sus paredes luce espléndidas texturas, comparables al entorno de la piel que me resguarda. Todas las mañanas, salgo al frente de la colina donde se encuentra mi hogar, llueva o haga sol, respiro un aire de sedosas notas; escucho el mundo avanzando —sin preguntar a nadie— si proceder puede en sus maravillosas andanzas; aquellas que en penurias solo se nos ocurre ver, cuando en realidad teñir de belleza podemos, esta auténtica desnudez, de ser lo que deseemos ser.

Apreciando la libertad de danzar en mis días, al compás que me he propuesto escuchar con frecuencia; deslizo mis pasos sobre la hierba fresca circundante, observo una hormiga despistada que subiendo va por mi pierna y siento su vertiginosa avanzada, de repente, algo le hace sorprenderse en su incauta travesía. El camino quizá no fue el esperado y como una gota en escape fugaz, se desliza

por el tobogán en que se convirtió mi pierna para la pequeña hormiga. Observo el precioso color miel de la osada senderista que aventurarse pudo unos momentos sobre mí, pienso en lo maravilloso que sería ahora mismo, tomar mi mochila y recorrer algún camino no explorado antes, así que decido salir a dar una vuelta; la verdad trabajo desde casa gracias a las facilidades que permite la modernidad y su tecnología, salgo poco, pero es algo que compagina mucho con la comodidad de ir en mi traje de vida, sí, amo ir sin nada que me ate.

Aprovechando la calidez de una primavera que se abre paso en el calendario una vez más, decido buscar un bonito rincón de mar; aunque muchas veces rehúyo de los parajes playeros, por su poca comprensión de aquellos que deseamos ir al natural. No conozco mucho la zona, he venido a vivir recientemente por estos lares, hoy particularmente, no deseo molestar a mi amigo Google Maps, entonces voy por ahí sin rumbo fijo.

Distraída iba —como la pequeña hormiga exploradora de mi pierna— cuando ante mis ojos aparece repentinamente un anuncio: “Cantarriján, Playa Nudista 1.4 Km”, gratamente sorprendida, sin pensarlo dos veces, tomo el desvío y sigo el camino.

Una bajada rodeada de naturaleza invitaba a seguir adentrándose en busca de lo prometido en el cartel de la entrada; el clima de notas salobres, flotando en mis sentidos, un paisaje en su más pura expresión de tranquilidad bordeó toda mi travesía, el canto ineludible de las olas inundó mis oídos y como una brisa que refresca los pensamientos, apareció ante mis ojos, el azul de sus cristalinas aguas desvelaba un tesoro magníficamente arropado por los acantilados a su alrededor.

Transportada hacía un prístino paraíso me encontré, sin pensarlo dos veces me despojé de la poca ropa que llevaba y corrí ansiosa al abrazo de aquel horizonte líquido que se presentaba ante mis ojos. Olvidada por completo de cualquier otra cosa que no fuera los sonidos, aromas, sensaciones, de aquel maravilloso entorno, pasé por alto la presencia de algunas personas de las que luego me percaté al salir del agua.

Agradecida por el abrazo ineludible de un mar que acariciaba mi piel sin barrera alguna, me encontraba palpando el sosiego de las danzantes olas, extasiada por los rayos solares lamiendo la sal directamente de mi piel y embriagados los poros de esa calidez única que sientes al estar desnuda.

Encaminada hacia la orilla, sintiendo la atracción ensordecedora de aquel bonito enclave perteneciente a la naturaleza, noté la presencia de unas cuantas personas que al igual que yo, disfrutaban de este obsequio sin mayores distracciones; lo natural de ir en tu piel sin objeciones, con normalidad y sin escándalos innecesarios.

Al llegar a la orilla no quise alejarme mucho del constante y certero pulso del mar, así que me quedé ahí donde el devenir constante de las olas arrulla la arena. Mecida suavemente por el vaivén de las espumantes olas, me dediqué a contemplar más a fondo aquel onírico lugar.

En uno de los extremos de la playa vi el mar romper sobre una formación rocosa no muy alta, logré apreciar un pasadizo que exaltó inmediatamente mi vena de la curiosidad, de esa manera, acechada por el interés de seguir explorando, dirigí mis pasos a ese estrecho. El mar estaba tranquilo y pasé fácilmente al otro lado de la roca, mi sorpresa fue mayor, al contemplar otra extensión de playa, o, mejor dicho, la continuación de aquel rincón de belleza natural.

Si en el primer tramo de la playa había pocas personas, de ese otro lado no encontré a nadie; animada por el encanto del paraje, fui caminando a lo largo de aquel trayecto mágico de playa, que aún no me terminaba de creer, escuchando los sonidos de las piedrecillas en cada paso bajo mis pies y sintiendo la vida latiendo, integrada totalmente en el ambiente. Repentinamente fui sacada de mi ensoñación por un saludo a mis espaldas, al voltear, me encontré con dos personas muy sonrientes que destacaban al resplandor del sol sobre su piel.

La inesperada compañía se trataba de dos asiduas visitantes del lugar, animada devolví el saludo. Comenzamos una charla amena, donde entre otras cosas, me contaron sobre este precioso lugar de tradición nudista, sentí un gran

alivio de saber que no era algo ocasional, que podría volver allí, sentirme en la tranquilidad absoluta de ir libre de vestimenta, con la normalidad para disfrutar de la naturaleza sin discrepancias.

También quedé gratamente sorprendida al saber de la Asociación de Amigos de la Playa Nudista Cantarriján, de la cual, estas dos personas formaban parte y que por casualidad coincidimos aquel día.

A veces no debes caminar muy lejos para encontrar el sol, a veces no debes nadar mucho para escuchar el canto de las sirenas, a veces las cuevas más empinadas permiten en las bajadas, respirar con alegría el esfuerzo de haber buscado, a veces sin buscar encuentras lo inimaginado; buscar para encontrar, encontrar para compartir y seguir cuidando lo que nos ha sido dado.

He hallado un maravilloso lugar, donde confluyen muchos momentos, alegrías, encuentros, un conglomerado de razones que ahora me unen a muchos otros que respiramos la pasión de vivir, de cuidar y respetar, de unirnos para fortalecer, de considerar la libertad de ser y poder converger en las diferencias.

Porque allá donde el mar se encuentra a diario con la arena, la piel respira libremente y nos enseña, no hay escándalo en las mejillas de quien entiende, la historia de cada uno, escrita va en nuestras pieles.

DOROTHEA ABRILES